

APUNTES

5.

20 de Noviembre de 1931

*Hermoso momento
de las Cortes Constituyentes españolas,
julio de 1931.*

Sed dignos de recibir la gratitud de la patria y de gozar de la paz de la propia consciencia, néctar y sentido exquisito del orden moral que son el paladeo anticipado del eco de la inmortalidad y del sabor de la gloria.

El orden público, el mantenimiento de él, no se mide por un manómetro de violencia; se mide por una autoinspección de seguridad del criterio propio. Es decir, que es dueño del orden público, que no claudica con la revuelta, que no se humilla y que no se envilece sometiéndose a los alborotadores, no aquel que reprime con violencia, sino aquel que es dueño de su voluntad, seguro de su concepto, apreciador de las necesidades, balanza en que mide todos los inconvenientes y llega en la elección de ellos a la solución, a la medida de represión, si es preciso, a la opción de desgaste y daño que le parece la menos perturbadora para la vida nacional.

Niceto Alcalá-Zamora.

* * *

Pues bien: la característica de la economía es que no se puede tocar uno de sus puntos sin producir, por la maravillosa elasticidad del proceso de la producción y el consumo, resonancias lejanísimas.

Es, pues, menester tener mucho cuidado cuando se discute una disposición que puede causar repercusiones remotas en la situación económica del país; no hacerlo aisladamente, porque todo acto legislativo, aun el que nos parezca en su aislamiento el más perfecto, requiere complemento y compensación. Es menester que haya un plan por detrás de los actos de ese Gobierno, sobre todo de los económicos, y no sólo de los actos de ese Gobierno, sino de toda nuestra vida actual española.

José Ortega y Gasset.

Es un insoportable aburrimiento. La guerra y la preparación para la guerra, los impuestos, el ejercicio, la intrusión en toda la actividad libre, la detención de la vida, la obediencia a gentes de tercer orden vestidas de uniforme, de que los alemanes han sido los infatigables protagonistas: todo esto ha llegado a ser una llaga para la humanidad entera.

—*Wells.*

* * *

La tranquilidad, cuando la autoridad la funda en la supresión de los esfuerzos privados, es más perjudicial a una sociedad que las rebeliones mismas, a las cuales se pretende atajar por el sacrificio de la libertad.

—*Renan.*

*¿Quiere Rusia la guerra?**El plan quinquenal inquieta a Europa*

*Artículo del ex-canciller Winston Churchill**(ligeramente abreviado)*

¿Aumentan las probabilidades de una guerra Europea? Hace 4 o 5 años, aunque los celos y el odio que existían entre las naciones europeas no estaban todavía calmados, se tenía generalmente la convicción de que la idea de guerra había llegado a ser tan odiosa que no teníamos que temerla más durante nuestra existencia y aun durante la de nuestros hijos. Creo que esa opinión debería, de todos modos, seguir siendo la base de los cálculos de los hombres prudentes y sagaces. Sin embargo, fuerzas peligrosas trabajan en Europa y un nuevo estado de espíritu se vislumbra con la llegada al escenario de nuevas generaciones llenas de savia y que no han conocido los sufrimientos de la guerra. Son estas fuerzas y estas tendencias las que deben estudiar con vigilancia y comprensión quienes estén resueltos a mantener la paz.

El punto peligroso es el gobierno soviético ruso. Hé aquí un Estado gigantesco, centralizado, que cuenta 160 millones de sujetos, que está fuera de la Asamblea de las Naciones, en extrema hostilidad con el resto del mundo y poderosa y científicamente armado. A lo largo de las fronteras de Rusia, del Báltico al mar Negro, se encuentra una línea de Estados recientemente creados o resucitados, que deben su existencia a los desastres que sufrió Rusia durante la Gran Guerra. Finlandia, Estonia, Lituania,

Letonia, Rumania, Polonia, han tallado todas sus territorios, en parte o en totalidad, en el bloque ruso. Esos Estados representan el "cordón sanitario" de Europa en contra de las ideas del comunismo asiático. Todos más o menos, han sido oprimidos. Para ellos, el comunismo no es una opinión: es un enemigo. Un enemigo que, tras luchas salvajes, pudo ser derribado y al cual ha sido preciso mantener por tierra desde hace ya largos meses. La frontera entre Rusia y todos estos nuevos Estados no está constituida únicamente por barreras de intereses en conflicto violento, sino también por un antagonismo de ideas demasiado pronunciado. La enorme potencia rusa, comunista en principio, predica la revolución mundial en política y, al mismo tiempo, se incorpora el antiguo imperialismo de la Rusia de los tzares. Es imposible, pues, encontrar en el mundo una frontera donde sea más agudo el antagonismo. Para todos esos nuevos Estados, Rusia es un monstruo devorador de cuyas mandíbulas han escapado hace poco a duras penas. Para los rusos, los nuevos Estados no son sino provincias sublevadas, rebeldes, miembros arrancados del Imperio fundado por Pedro el Grande y que languidecen bajo el yugo capitalista. Todas las aspiraciones de un corazón ruso moderno, que pertenezca a un nacionalista o a un comunista, tienden a reconquistar todo o parte de estos Estados en el cuerpo ruso.

Ellos son sus IRREDENTA.

La recuperación de las "provincias" perdidas y la difusión del comunismo constituyen un doble fin en el espíritu de los dirigentes de Rusia, así como en el de la juventud rusa, que no tiene equivalente en ninguna parte del mundo. ¿Podemos extrañarnos de que los Estados

Letonia, Rumania, Polonia, han tallado todas sus territorios, en parte o en totalidad, en el bloque ruso. Esos Estados representan el "cordón sanitario" de Europa en contra de las ideas del comunismo asiático. Todos más o menos, han sido oprimidos. Para ellos, el comunismo no es una opinión: es un enemigo. Un enemigo que, tras luchas salvajes, pudo ser derribado y al cual ha sido preciso mantener por tierra desde hace ya largos meses. La frontera entre Rusia y todos estos nuevos Estados no está constituida únicamente por barreras de intereses en conflicto violento, sino también por un antagonismo de ideas demasiado pronunciado. La enorme potencia rusa, comunista en principio, predica la revolución mundial en política y, al mismo tiempo, se incorpora el antiguo imperialismo de la Rusia de los tzares. Es imposible, pues, encontrar en el mundo una frontera donde sea más agudo el antagonismo. Para todos esos nuevos Estados, Rusia es un monstruo devorador de cuyas mandíbulas han escapado hace poco a duras penas. Para los rusos, los nuevos Estados no son sino provincias sublevadas, rebeldes, miembros arrancados del Imperio fundado por Pedro el Grande y que languidecen bajo el yugo capitalista. Todas las aspiraciones de un corazón ruso moderno, que pertenezca a un nacionalista o a un comunista, tienden a reconquistar todo o parte de estos Estados en el cuerpo ruso.

Ellos son sus **IRREDENTA**.

La recuperación de las "provincias" perdidas y la difusión del comunismo constituyen un doble fin en el espíritu de los dirigentes de Rusia, así como en el de la juventud rusa, que no tiene equivalente en ninguna parte del mundo. ¿Podemos extrañarnos de que los Estados

dichos hayan temblado de pavor y se hayan asociado en estrecha colaboración militar para protegerse mutuamente?

Hay, pues, motivo para dirigir nuestras miradas hacia una serie de hechos graves y embarazosos. Rusia, que tiene ya el ejército más grande del mundo, se arma rápidamente. Ella desarrolla particularmente la ciencia militar bajo sus formas más modernas, más odiosas y más temibles. La aviación de guerra, con el bombardeo de las grandes ciudades como objeto, la artillería pesada, los "tanks" y los trenes blindados, y por encima de todo, los gases tóxicos, en sus refinamientos más odiosos, derramando deliberadamente epidemias: tales son las características actuales del armamento de Rusia. Pero síntomas más siniestros y más precisos son visibles.

Antes de la Gran Guerra, Alemania había hecho compras considerables para aprovisionarse de todos los metales y de todas las materias primas esenciales para la fabricación de armas. En los doce meses que precedieron a agosto de 1914, Alemania había importado una cantidad de metales—níquel, cobalto, tungsteno, vanadio, aluminio, etc.—2 o 3 veces mayor que el promedio importado durante los cinco años anteriores.

En aquella época la significación de tales compras no fue comprendida y no fue nunca objeto de ningún comentario. Sabemos ahora que aquellos "stocks" no fueron acumulados por pura casualidad. Volvemos a encontrar, pues, las mismas características en las importaciones rusas actuales. Son las mismas compras extraordinarias, casi febriles, de material de guerra en cantidades enormes y casi sin consideración de precios. El gobierno soviético ha rehusado divulgar el estado de

su situación militar ante lá Comisión del Desarme de la Sociedad de las Naciones. No sabemos, con exactitud, la importancia de sus fuerzas. Pero conocemos, de modo absolutamente preciso, las compras considerables que ha efectuado progresivamente para financiar una guerra moderna, en la más grande escala. ¿Podemos en tales condiciones, extrañarnos de que los Estados fronterizos intercambien miradas ansiosas o que vuelvan sus ojos inquietos de Este a Oeste? Al Este, es la innegable amenaza; al Oeste, la incierta ayuda.

Ciertamente se nos dice que esas actividades de Rusia son por completo inocentes. Que ellas son únicamente motivadas por las necesidades de una industria pacífica. Que los rusos han decidido llegar a ser una potencia manufacturera de primer orden. Que quieren poseer un material mecánico extremadamente rápido. Que, naturalmente, necesitan para ello de una gran cantidad de productos; sea para templar el acero, sea para fabricar toda clase de máquinas, de motores, de instrumentos de precisión y control, necesarios en las fábricas modernas. ¡Qué error, entonces, el de sospechar de Rusia! Sus tropas, por importantes que sean, están dispuestas a defender sus propias fronteras, pero se negarían a franquearlas!

Debemos esperar que todo eso sea cierto, que el acero ruso no sea templado más que para las necesidades agrícolas o cualquier otra industria pacífica, que el tratamiento del nitrógeno ruso sea consagrado a la producción de abonos, que si sus grandes industrias químicas producen gases venenosos sea únicamente como medio defensivo y que sus explosivos no sirvan sino para desmenuzar rocas. Sin embargo, precisa también darse cuenta de

que, si por una razón cualquiera el porvenir nos probara que estas protestas de inocencia no son sinceras, Rusia se encontraría dentro de uno o dos años equipada para la guerra como no lo ha estado jamás en el pasado y en una escala que dejaría muy atrás a todos sus vecinos.

Hemos oído hablar últimamente de una enorme prensa hidráulica que fue pedida por el Soviet a una casa inglesa. A esta casa, habiendo preguntado a qué uso estaba destinada la prensa, le fue contestado que era para conseguir la presión necesaria a la fabricación de un nitrógeno sintético por un nuevo procedimiento.

En estas condiciones, todas las autorizaciones fueron acordadas a la casa. Pero cuando las especificaciones llegaron, no quedó ninguna duda de que aquella prensa podía ser utilizada en la fabricación de cañones infinitamente más grandes que los Krupps. Son ambigüedades de éste género las que hacen cernirse sobre los Estados limítrofes, sombrías inquietudes, en su mayor parte silenciosas.

¿En resumen, será el Plan Quinquenal, verdaderamente precursor de paz? ¿No agravará más bien la tensión existente, por las amenazas que implica? Aun no teniendo éxito más que en una proporción de 65 por ciento del resultado esperado, sería la dislocación o derrumbamiento de las industrias de las demás naciones, así como el "dumping" del trigo ruso ha traído la perturbación y la zozobra a los mercados de cereales del mundo entero.

¿Qué harán, entonces, las demás naciones? Cuando sientan la amenaza de la competencia de un Estado cuya organización se basa en el trabajo forzoso, se protegerán juntas o individualmente, sea aplicando tarifas

elevadas, sea por un bloqueo completo. Sobrevendrá entonces una hora de esfuerzos desesperados y una situación extremadamente tirante. Rusia se verá obligada a retroceder sobre sí misma, ante la imposibilidad de exportar la producción de sus nuevas manufacturas, aun con pérdidas.

El régimen bolchevique se verá privado de medios para conseguir los créditos extranjeros indispensables a su control centralizado de las masas rusas. ¿Cuáles son las medidas que tomará en tales circunstancias? Porque para no usar sino términos amenos, su gobierno no es el más suave de la historia!

¿Que fracasa el Plan Quinquenal? Todas las energías y todas las esperanzas del pueblo ruso han sido dirigidas, por todos los recursos de una intensa propaganda moderna, hacia ese plan. Si termina por una general decepción, será necesidad imperiosa procurar un derivativo a las energías y esperanzas del proletariado ruso, dirigiéndolas sobre un nuevo objetivo. ¿Cuál?

En uno como en otro caso, el éxito o el fracaso del Plan Quinquenal debe forzosamente producir una crisis, tanto en el interior de Rusia como en sus relaciones con sus vecinos. Son estos, seguramente, aspectos de la cuestión y perspectivas que los hombres de Estado, los militares y los hombres de negocios de cada país no deben alejar enteramente de su espíritu.

Alemania, con la ola rebotante y ardorosa de la actual generación, jamás aceptará el cumplir con las cláusulas del tratado de Versalles; Francia, rigurosa, práctica, jamás aceptará el renunciar voluntariamente a los frutos de su victoria, adquirida a tan duro precio. Ella se ocupa activamente en la construcción de un inmenso

escudo, especie de muralla de China, levantada entre sus territorios tres veces invadidos y la potente expansión vital de Alemania.

Francia posee el ejército mejor preparado y equipado del mundo. Alemania, a pesar del abismo que existe entre el comunismo ruso y toda forma de civilización occidental, se vuelve instintivamente hacia Rusia y rehúsa cerrar las puertas al Oriente, último recurso de potencia y recuperación para ella. Todos los Estados fronterizos escalonados a lo largo de Rusia, inclusive Polonia, consideran a Francia y al ejército francés como su supremo apoyo y su guía. Sería demencia suponer que llanezas y sentimientos, por bien intencionados que fuesen, llegaran a arrancar el aguijón de estas hoscas rivalidades.

Es de esperar que la Conferencia del Desarme de la Sociedad de las Naciones que se verificará en Ginebra durante la próxima primavera, tratará por lo menos de mirar de frente, aun en el caso de que no podamos luchar contra ellas, las realidades hoy perfectamente visibles.



REPORTAJES

De La Tribuna 12 de Octubre

(fragmento)

Eran aproximadamente las cuatro de la tarde. Don Elías Jiménez estaba muy ocupado. Como era el doce de octubre, día feriado, varios de sus empleados no fueron hoy. Por consiguiente el trabajo era mucho y él no podía prestarnos la atención debida. Prometimos volver a las seis de la tarde. Y así lo hicimos. Pero no pudimos verlo porque estaba ocupado escribiendo, según nos informó uno de sus empleados. Regresámos a las ocho de la noche. La botica había sido ya cerrada al público. Don Elías nos recibió en la trastienda, que le sirve a la vez de oficina. Ya estaba él preparado para recibirnos, como si dijéramos en guardia, lanza en ristre para repeler nuestro ataque reporteril.

Dijo:—“Con haberme anunciado usted su visita, hace dos horas, me ha hecho pasar un mal rato. ¡Si supiera usted cuánto detesto los exámenes! De colegial, la víspera del día en que debía sufrir uno, era para mí un día envenenado. No se quedaba mala cosa extraordinaria—terremoto, revolución, enfermedad grave—que yo no deseara, con tal de que el examen no pudiera verificarse. Y las entrevistas de los representantes de los diarios son algo peor que los exámenes. Lo curioso es que yo no me

haya librado de ellas teniendo como tengo un periódico propio en donde expongo mis ideas cuando las siento maduras”.

No dejaron de producirnos un efecto desconsolador las anteriores palabras. Pero no por eso cejamos en nuestro empeño de hacerle hablar a toda costa, pese a su actitud opuesta a nuestros deseos. E insistimos porque el oficio de periodistas es insistir, a veces hasta la impertinencia o hasta la pertinacia irritante.

Pero don Elías—dijimos—no cree usted que los diarios, con todas sus calamitosas fallas y sus comunes y cotidianos errores, sirven al menos para crear opinión y que por tanto, requieren el concurso de los hombres como usted? A lo que el señor Jiménez Rojas contestó:

—¿Y de qué quiere usted que hablemos? Seguramente de un asunto de actualidad, esto es, de algo que yo no haya podido estudiar todavía. Hombre de cerebración lenta, como yo, no debería consentir en que sus conversaciones improvisadas se hicieran públicas. Además, la autoridad misma conferida por los años es una razón para ser muy parco en la expresión de las opiniones. Acaba de afirmar Henri Massis que la generación de post-guerra, está caracterizada en todo el mundo por su fisonomía confusa y por el hecho de que no ha salido de sus filas *ningún moralista ni ningún escritor de ideas*. Y Juan Stoianovitch dice que hoy se escribe sin espíritu crítico, *sin fijar el punto*. Pues bien, si no nos defendemos los viejos, ustedes los reporteros nos van a convertir en jóvenes de post-guerra. ¿Cómo hemos de fijar el punto si se trata de sucesos de otros países—la caída de la libra o los planes de Hoover, v.gr.—cuyos resortes principales no conocemos, o si se trata de eventos locales

mal inspirados—la ley de la cédula o el proyecto de fiscalización de los gastos de los partidos políticos, por ejemplo?

En donde están dando palos de ciego, no hay que entretenerse en discusiones: cada quien debe ver cómo se salva”.

A estas palabras del señor Jiménez Rojas no podíamos responder de otra manera que cambiando el tono y tratando de llevar por otros carriles la conversación para que olvidase nuestra condición de periodistas y la tesitura de las palabras e ideas se hiciera más libre y espontánea. Pero nos falló la argucia porque don Elías no estaba hoy para reportajes.

—A. Z.

De *Crítica* 14 de Octubre

Palabras cruzadas entre uno de nuestros reporteros y don Elías Jiménez Rojas:

—¿Qué piensa usted del proyecto de la supresión de la segunda enseñanza por cuenta del Estado?

—Si la idea de descargar al Estado del sostenimiento de la segunda enseñanza nace únicamente del deseo de hacer economías, yo no la encuentro aceptable. Sería mucho más fácil y eficaz suprimir de un plumazo la Secretaría de Salubridad y sus dependencias e intensificar al mismo tiempo la enseñanza de la higiene en todas las escuelas y colegios oficiales.

Pero si el intento es el de deshacerse sabiamente de una cosa o función para la cual no poseen capacidad al-

guna ni el Congreso ni el Poder Ejecutivo sea en hora buena y sea como se debe: establézcase la Universidad de Costa Rica con el encargo de alentar y armonizar todos los institutos de la República, desde los de primeras letras hasta los profesionales, y con el poder de conferir todos los títulos que juzgue necesarios. En cuanto al sostenimiento material de las escuelas públicas, el Estado cuidará solamente de las primarias, para escolares de 7 a 12 años, y hará pesar las otras sobre los particulares directamente interesados.

Si por estrecheces del fisco se llegara a esta resolución, habría esta vez sobrado motivo para repetir aquello de que no hay mal que por bien no venga.

Ahora agrego una palabra, con el pensamiento puesto en los estudiantes pobres. Uno de los buenos efectos de la organización universitaria es siempre, indefectiblemente, el hecho de que los escolares bien dotados mentalmente son atraídos y retenidos, sean cuales fueren sus recursos pecuniarios. Esto lo realiza la Universidad automáticamente, para propia gloria y propio beneficio.

De La Tribuna 15 de Octubre

Viene don Elías Jiménez por la avenida 10ª, entre dos preciosas chiquillas que parecen sus nietas. Vienen paso a paso, al sol, hablando de quién sabe qué. Me acerco al grupo, saludo al amigo en mi tono habitual y recojo este cortísimo diálogo:

—¡Bonita mañana!

—Todas lo son en esta compañía. Los niños se sienten más seguros al lado de los viejos y los viejos cobramos

vigor junto a los niños. En este momento me forjo la ilusión de que el porvenir va pendiente de mis manos. ¡Bendita alegría esta que nivela las edades!

—Pues yo llego a turbarla. Usted escribió algo, hace poco, en *Apuntes*, acerca de la *Verdunización* del agua, o sea, del sistema de cloruración inventado allá por 1916, en lo más crudo de la guerra europea y que está adoptándose en diversos lugares, sistema que ha reducido al mínimo la masa del agente químico de purificación del agua. No se extrañe pues, si le salgo con una pregunta que espero sea de fácil respuesta. ¿Qué me dice de la muerte de peces ocurrida simultáneamente uno de estos días, en varias piscinas de la ciudad? ¿Tienen razón los que la atribuyen al cloro?

—No lo creo. Ese día aciago para las piscinas, el agua de San José no reveló contener la cantidad de cloro requerida para matar un pececito o hacer algún daño a los otros habitantes de la ciudad. Recuerde usted que el servicio de agua había sido cortado totalmente. Y bien, una tubería que permanece varias horas sin agua corriente, se hace peligrosa por regla general, y tanto más cuanto mayores sean las deficiencias de la instalación hidráulica. Este hecho fue señalado muchísimos años antes de que existiera planta clorurante. De él hablamos 20 años há el doctor Durán y yo en un informe presentado a la Municipalidad. Para usos domésticos, nunca debe úno servirse del agua que comienza a fluir después de una interrupción. Hay que abrir las llaves y dejar correr el agua un largo rato, para que ella lave su propio cauce. Vea usted, esto conviene divulgarlo.

Conviene también que el público sepa que nuestra agua debe ser filtrada en cada casa, pues su trasparen-

cia es engañosa y debe saberse además que posee una acidez francamente volcánica. Esta acidez la hace impropia para piscinas y— tal vez—para nuestra alimentación.

—G. P.

De La Tribuna de 21 de Octubre

Visitámos ayer a don Elías Jiménez Rojas.

—Hola, mi viejo amigo Borges!—exclamó al vernos, cogiéndonos la delantera. Esta vez será Ud. quien tiene que hablar. Tan periodista es Ud. como yo.—Voy a reportearlo.

—Pregunte usted, don Elías, repusimos, con la confianza de que en la pregunta vendría lo que habíamos ido a buscar.

—Vamos a la primera pregunta. Lea Ud. los nombres que aparecen al pie de todos estos artículos: “Ricardo Jiménez”, “Alberto Brenes”, “Alejandro Alvarado Quirós”, etc. Los señores que responden a estos nombres son todos titulados, pero todos tienen el buen gusto de no recordar sus títulos al firmar. Alguno, como el profesor García Monge, por ejemplo, lleva su elegante llaneza hasta el punto de pedir a sus amigos que se economicen el tratamiento siempre que a él hayan de dirigirse. Lea Ud. ahora estas otras firmas: *Doctor* Fulano, *Doctor* Zutano, etc., y dígame por qué han de seguir mereciendo los médicos el dicterio de *pavos de la universidad*. No es por falta de cultura. ¿Por qué?

Nosotros, en vez de responder, tomábamos nota como quien espera dar luégo la respuesta.

—Otra pregunta, dice don Elías. ¿Por qué se dedica la policía a cazar moscas? Aquí la tenemos corriendo tras las mozas de los campos que vienen a vender frutas, huevos y legumbres.

¿En virtud de qué principio se las persigue a fin de impedirles el pintoresco y benéfico comercio que hacen en las calles con su canasta al brazo? Si la razón es fiscal ; que se lleve el diablo al fisco!

—Esta situación, don Elías . . .

—No, amigo, no se asuste. Yo deseo sinceramente que la situación empeore. Mientras el Gobierno tenga de donde sacar fondos, no habrá quien se resuelva a cortar por lo sano. Los funcionarios innecesarios constituyen una legión abrumadora. El principal factor de la actual crisis mundial es el socialismo de Estado. A este monstruo hay que sitiario por hambre. Hay que dejarlo perecer víctima de su propia obra. Después de la crisis extrema, tendremos salud para un rato. En seguida—ya lo sé—volverá a repetirse la triste historia, de un modo semejante, pero con una pequeña variación (*Eadem sed Aliter*). Esta pequeña variante constituye el progreso.

Ya me estoy poniendo serio. La palabra *progreso* me hace recordar la muerte del incomparable Edison. Ha muerto *admirado, pero desoído*. Como hombre de ciencia, se puede afirmar que su genio se engrandeció con la edad. Sus trabajos más recientes son sin duda los más originales. Es el tipo del verdadero sabio occidental. Tome Ud. este trozo de Edison, de hace 2 años, reprodúzcalo en *La Tribuna*. Así dará Ud. particular valor a nuestra improvisada conversación.

—Aquí viene el trozo de Edison que me dio don Elías tomado del *Saturday Evening Post*:

El asunto fuerza hidráulica ha perdido su carácter propio, transformándose en asunto político. La monopolización de las fuerzas hidráulicas por el Estado constituye ahora un credo político.

Al atacar a las empresas privadas se incurre en un hondo error económico cuando se aduce que dichas empresas cobrarán precios demasiado altos. Quien tal hiciera, en libre comercio o industria, labraría su propia ruina. Con datos convincentes puedo afirmar que ofrece mil veces más peligro un monopolio del Estado que uno particular. No pudiendo nunca el Gobierno hacer bien sus cuentas, cuando se mete en negocios, coge siempre el fácil camino de cargar las pérdidas al bolsillo de los contribuyentes: así puede aparecer vendiendo fuerza barata.

El Gobierno lo que hace es enredar una cantidad inmensa de política con un poquito de negocios, sin que alguien pueda averiguar cómo van las cosas. Estoy tan convencido de que el Gobierno no debe nunca intervenir en los negocios, que vería con gusto que una empresa privada se encargara del servicio de Correos de los Estados Unidos. Lo que corresponde al Estado en todo caso es ejercer su control tanto sobre el público como sobre los empresarios.

Recuerdo ahora algo que me sucedió en Washington durante la guerra mundial: teniendo necesidad de un aparatito de estaño, lo encargué a los magníficos talleres del Departamento de Marina; después de cien promesas, lo obtuve al cabo de cuatro días. Para cerciorarme de si era posible hacer dicha pieza en menos tiempo, la encargué a un hojalatero de mis talleres, y la recibí 2 y 1/2 horas después. Esto demuestra la relación de eficiencia entre una empresa nacional y una particular.

El deber más sagrado del presidente es el de no permitir que el Estado se meta en negocios. Esto es lo que esperamos que Hoover haga. Y esto será su mayor trabajo, junto con el de *acabar con la burocracia que se ha formado en Washington debido a las comisiones.*

Si el Gobierno de Hoover no deja al Estado inmiscuirse en los negocios, vendrá para los Estados Unidos una era de progreso como jamás se ha soñado.

De *La Tribuna* de 27 de Octubre

¿Por qué se nos ocurrió visitar ayer a don Elías Jiménez en el complicado rincón, químicamente íntimo de su oficina? No lo sabemos. El secreto instinto del periodista nos llevó hasta él, sin haber hecho examen de consciencia con la debida antelación.—Porque sin ánimo de modestia, hay que preguntarse, antes de entrevistar a don Elías, si la capacidad intelectual del repórter, está entrenada para percibir la expresiva frase suya, y sobre todo la intención precisa de sus palabras.

Pero el hado de la casualidad nos condujo hasta su rincón, en el momento psicológico, o como dirían los románticos y destinistas en el cuarto de hora.

—;Qué suerte, encontrarle a usted en su escritorio!

—¿Por qué, suerte? Acabo de llegar de un entierro y me he sentado a descansar, mejor dicho, a meditar, no en la muerte, en el malgasto de los entierros. ;Lo que se disipa en flores! Con menos de la mitad habría para costear un acompañamiento musical que diera particular carácter artístico al desfile y que le diera seriedad evitando en gran parte las conversaciones inoportunas de los invitados. En su testamento podría cada quien manifestar sus preferencias. Yo pediría para mí la gran marcha de Tannhauser.—Hombre, no se ría!

Otra cosa que me repugna mucho es eso de los caballos cargados de adornos que van adelante ensuciando el camino y abriendo la procesión. Ya es hora de darles de baja. Para eso están los automóviles.

—Pero . . . cambiemos de cilindro si no es mucha molestia.

—Muy bien.—Hablemos de la crisis, que es como hablar del mal tiempo. Es el tema obligado y, por lo mismo, nadie habrá de inculparnos por los lugares comunes en que incurramos. La crisis económica de Costa Rica, al igual de la de cualquier otro país, tiene su causa y sus causas. No tratemos de la causa general, porque no habríamos de entendernos. Los liberales sostenemos que la miseria moral es la causa primera de todas las miserias, mientras los colectivistas sostienen lo opuesto, o sea, que la miseria económica es la causa de la miseria moral. Ellos, según la frase conocida de Schaeffle, hacen de la cuestión social una cuestión de estómago.—Dejemos también de lado las causas externas, que nosotros no podemos dominar. Hablemos, pues, de las causas internas y, puesto que hablamos para *La Tribuna*, refirámonos a una de ellas, muy importante, negada sin embargo por el señor Presidente de la República: me refiero a la mala administración de las rentas nacionales y a la consiguiente desconfianza con que el país mira a sus administradores.—Con esta desconfianza, no hay salvación posible para el Gobierno, pues no hay manera de que tributen quienes pueden tributar.—Es una candidez o una baladronada imaginarse que exista medio legal de crear a la fuerza contribuyentes directos. Es posible obtener entradas por un cuarto de hora arrebatando a los ciudadanos sus haberes y destruyendo la riqueza privada—fuente única de la riqueza pública—; pero es absolutamente absurdo pretender que los agentes de la riqueza privada trabajen con regularidad, produzcan y se sacrifiquen por el Estado, sin confianza alguna

en el Gobierno.—El comercio y la industria han soportado en Francia terribles impuestos, porque han tenido confianza en los administradores nacionales. Y esta confianza ha resultado justificada, como lo atestigua el oro acumulado en pocos años, oro que ha devuelto al país su prestigio en beneficio de todos. Si los contribuyentes franceses hubieran tenido, para retraerse, las razones que los costarricenses tenemos, el resurgimiento del Estado francés no se habría producido.—Lo que espero para Costa Rica, ya lo he dejado entrever en otra ocasión, pero no me atrevo a expresarlo sin rodeos.—Lo que espero para Francia, si quiere salvarse definitivamente, es que comience ahora a descargar a sus contribuyentes, a fin de que no perezcan de extenuación.

—Y el comunismo? No me dirá usted que le faltan panegiristas.

—Pero de todos juntos no se hace uno solo. Los juicios hasta ahora emitidos acerca del régimen comunista en Rusia no merecen mayor consideración. A Rusia—por las dificultades del idioma y del viaje y por temores fáciles de comprender—no van más que ciertos viajeros: unos, poquísimos, enemigos del comunismo, y otros, los más, amigos de antemano. Unos y otros ven las cosas del color del cristal que llevan en los ojos. Es más todavía: tampoco debe inspirar confianza el juicio que a la ligera haga un imparcial, por capacitado que él sea. Un régimen social no puede ser apreciado sino a través del tiempo. En este caso, medio siglo es un minuto, y el régimen soviético no cuenta ni quince años. Lo más que puede ser observado hoy en Rusia es el cuadro de una sociedad colectivista que disfruta de la obra secular de sociedades individualistas. Alumbrado, calefacción,

vehículos terrestres o aéreos, teléfonos, cinemas, explosivos, vacunas, sueros, productos químicos, etc., y cuanto constituye el capital de la ciencia, todo aquello de que gozan los comunistas es obra del esfuerzo individual, aislado en su origen, realizado en sociedades liberales y por iniciativa privada. Para librarse del mal, es una insensatez cortar el árbol del bien y del mal. La libertad económica es como todas las fuerzas naturales; es como el sol que hace crecer el trigo y la ortiga. El comunista ruso dice que en sus campos ya no hay ortigas, y yo le aseguro que dentro de cincuenta años tampoco habrá trigo. Su pan—continúa el símil—tendrá que importarlo de campos liberales. Pero esto de que ya no hay ortigas. ¿será creíble? Los más grandes dolores de los hombres provienen de sus pasiones del amor ante todo, y las pasiones tienen muy poco que ver con las formas de repartición de la riqueza.

He dicho que un observador imparcial y competente no puede hacer apreciaciones de valor si las hace a la ligera.—Voy a ilustrar el punto con la cita de lo asegurado por los diarios respecto a la visita que hizo en estos días don Ricardo Jiménez al Liceo de Costa Rica. Cuando él llegó, se celebraba una exposición, en gran parte industrial y comercial. Se celebraba en el Liceo como podría haberlo sido en la casa de usted. Pues bien, don Ricardo, no obstante sus luces nada comunes, salió de la exposición muy bien impresionado del estado de nuestra enseñanza. Probablemente no cruzó palabras con los profesores o los alumnos; no hizo examen ninguno desde el punto de vista de la instrucción o de la educación propiamente dichas; no le tomó el pulso al colegio; vió animación en las aulas, prestadas para una exhibición de

afuera, y salió quizás pensando que en los corazones y en las cabezas de la muchedumbre escolar había también animación. Si el juicio de un Ricardo Jiménez, relativo a un diminuto colegio, ha pecado de ligereza, según afirman, ¿qué cabe esperar del juicio de tal o cual literato frente a la colosal y—hoy más que nunca—misteriosa Rusia?

Esto que acabo de decir, ruego a usted que lo suavice, porque me unen vivas simpatías a don Ricardo Jiménez y al personal del Liceo . . . Pero amor no quita conocimiento. Mi mala opinión, de la segunda enseñanza en Costa Rica, se la debo a una revista oficial, “órgano de los colegios superiores de la República”. En ella se publican trabajos de los profesores y de los alumnos y los programas para los exámenes de bachillerato. ¡Hay que leerla! Es un descrédito. Entre ella y *La Enseñanza*—que se publicaba hace 60 años—hay un desnivel desconsolador.

—Echo de ver que usted quiere levantarse. ¿Será indiscreto pedirle antes su parecer acerca del reciente *Decreto de la Quinina*?

—Veá, de él habríamos debido platicar al comienzo, a propósito de los entierros. Ese decreto es otro muerto. “Habéis notado—decía Emilio Faguet—que los hombres más inteligentes, una vez que han alcanzado el éxito, no son ya tan inteligentes?” El doctor don Solón Núñez fue un maestro de escuela muy bueno y ha sido un ministro de salubridad muy malo. No hay salubridad en la República. Lo que hay es un gasto de millones y una montaña de reglamentos de pésima contextura y de imposible cumplimiento.

—J. M. P.

Del *Diario de Costa Rica*
de 31 de Octubre

(*Final de un interesante artículo*)

.....
.....
“En resumen, usted viene con las manos vacías, y a las once de la noche . . . Al acostarse hágase esta pregunta: “Yo, ¿para qué sirvo?”.

—Traigo,—dijo por fin el reportero,—un buen consejo. De escribirme un artículo muy sensato sobre la necesidad de no dejarnos guiar hacia los extremos. Se trata de que don Elías Jiménez Rojas ha venido haciéndole mucha propaganda al individualismo, y ése es un extremo . . .

“Ya no hable más, ¡póngase a escribir! ¿Quiere que le traigamos una cátedra?”

Y como el reportero ingenuamente dice que sí, le toleran que de veras se ponga a escribir.

Individualismo.

Se trata de filosofía política. El individualismo es, en esa filosofía, la teoría de gobierno en la que el bien del Estado consiste en la libre iniciativa de sus miembros componentes. Así, contrasta con las diversas formas del socialismo que subordina el individuo a la comunidad.

Ahora, hay que diferenciar entre individualismo y egoísmo. El egoísmo es siempre individualista, pero el individualismo puede ser y con frecuencia es altruista, o por lo menos no hostil a la comunidad, así como el so-

cialista no precisa que sea hostil al individuo, ni mucho menos.

El individualista sencillamente se opone a la intervención, en cualquier forma que sea, del Estado en la libertad individual, siempre y cuando esa intervención pueda evitarse. En la práctica, el individualismo se preocupa principalmente en oponerse a la concentración de las empresas comerciales o industriales en manos del Estado o de la Municipalidad.

Las razones en que se basa esta oposición son dos: Que los representantes popularmente electos o los gerentes de empresas nombrados por los gobiernos, por regla general carecen de capacidades o del sentido de responsabilidad que se requieren para el buen manejo de las enormes sumas de dinero que esas empresas representan; y que la buena salud del Estado depende de los esfuerzos que los individuos hagan para mejorar su propia condición individual.

Y ya sobre el terreno de la práctica, conviene modificar lo dicho al comenzar a hablar de individualismo. Conviene decir que no es propiamente un principio, porque exhibe demasiados grados, ni una teoría o doctrina, porque es demasiado general. El individualismo es más bien una tendencia.

En ética, el individualismo que encontramos hoy en el mundo se deriva de la "moralidad del sentido común" de la Escuela Escocesa de Hutchinson, Reed, Ferguson y Smith, de la 'moralidad autónoma de Kant', y de los diversos sistemas hedonistas inventados para justificar el derecho a buscar el placer individual.

En religión, el moderno individualismo presenta dos fases, la de los librepensadores y la de los protestantes.

En política y economía, el individualismo que vemos de vez en cuando alzar cabeza se inició primero con Hobbes y Locke, y de la Gran Bretaña pasó a Francia donde, en Rousseau, halló su principal profeta. Para el individualista en este terreno, el Estado es cosa artificial, nacido de un pacto, que en su fase más excelente resulta un mal necesario. El Estado no es una necesidad moral.

Contra Rousseau, Hegel vuelve al ideal del Estado de los griegos y romanos. Para este alemán la sociedad, constituida en Estado, es el organismo del cual el individuo deriva todos sus derechos y toda su importancia.

Ahora juntemos puntos de vista. Hay un individualismo que llamamos de "laissez faire",—de dejar hacer. Y este individualismo deriva, en parte, de la filosofía política del siglo dieciocho que ya hemos mencionado, en parte de la doctrina kantiana de que al individuo debe dársele toda libertad compatible con la igual libertad de los demás, y, en parte, de las enseñanzas de la Escuela de Manchester cuyo más amplio representante fué el economista Adam Smith.

Este individualismo rechaza toda intervención del Estado no sólo en el manejo de empresas como ferrocarriles, telégrafos, tranvías y bancos de seguros, sino también toda medida restrictiva como la reglamentación por el Estado de las horas de trabajo en las fábricas y talleres, el trabajo de los menores, etcétera. También rechaza este individualismo toda asociación de capitalistas y de trabajadores.

En oposición a ese individualismo 'a outrance', el socialismo propone que el Estado se apropie de todos los medios de producción y los dirija.

Felizmente, no hay principio 'a priori' por el cual decidirse, excepto cuando lo único que se quiere hacer es metafísica. Hobbes, individualista representativo, apoyó con todo su vigor la idea de un gobierno absoluto como necesario al bienestar de los pueblos.

Además, con frecuencia vemos a individualistas empedernidos, empeñados en medidas que restringen la libertad individual de manera decisiva, como, por ejemplo, haciéndose partidarios de guerras, siendo que las guerras requieren ejércitos, y los ejércitos son organismos en los que de modo absoluto el individuo pierde carácter de tal.

¿Qué nos conviene en Costa Rica?

Pues, en ciertos casos, socialismo. La Junta de Servicio Nacional de Electricidad es un órgano socialista, indispensable, para el bienestar de los costarricenses. El individualismo exagerado aboliría ese Servicio y nos dejaría a merced de un monopolio inmisericorde.

El ferrocarril del Pacífico es una empresa socialista, y, como muy bien ha dicho don Tomás Soley Güell, significa un control muy necesario para las demás empresas de su género.

A nadie, felizmente, se le ha ocurrido que el Estado venda a particulares la empresa de la Imprenta Nacional que es una empresa socialista, ni la empresa de Telégrafos, que también es empresa socialista, ni la Fábrica Nacional de Licores . . .

No todo, pues, lo que tiende hacia el socialismo es malo. Y, similarmente, no todo lo que tiende hacia el individualismo es perverso.

¿Habría socialista que pretenda que el Estado costa-

rricense declare suyas las fincas de café y dirija su explotación?

¿O que se apropie el mismo Estado de las vacas que hay en el país y organice en forma socialista servicio tan importante como el de la leche?

¿O siquiera que el Estado haga suyos todos los periódicos y los junte en una sola empresa nacional dirigida por el Estado mismo?

No hay, pues, que apasionarse mucho por una cosa u otra, por socialismo o por individualismo, porque entonces se deja de ver claro, y se cometen disparates, que es lo malo. Decirlos es cosa de peccata minuta.

¡Hay cada cosa que oye el reportero!

S. de la S.

* * *

San José, Costa Rica. 31 de Octubre de 1931.

Señor don Arturo García Solano,

Diario de Costa Rica.

Debo felicitar a Ud. y al señor Martínez. ¡Tienen verdaderos periodistas en casa! Las notas de hoy acerca de mi "propaganda individualista" harán bien a muchísimos lectores. La parte expositiva, teórica, está muy bien hecha. Falta algún nombre—el de J. Stuart Mill particularmente—, pero esto no es pecado. En cuanto a las conclusiones del ilustrado redactor, huelga decir que no las apruebo. Una de las dos conclusiones terminales me parece ser la de que no conviene apasionarse de ninguna idea cuando se desee ver claro. Apasionarse sig-

nifica tanto como aficionarse con exceso a una cosa. Y bien, según los naturalistas, esta afición permite a un cerebro mediano alcanzar las alturas del genio. Buffon llegó hasta sostener que el genio no era más que la atención prolongada.

La otra conclusión es que no hay que dejarse llevar a ningún extremo. Pues, señor, para que esto se realice justamente, precisa que haya extremos opuestos y que cuando el uno tira fuerte—como lo hace en este momento el socialismo— los del otro redoblen sus empeños a fin de suplir la cantidad con la intensidad.

Affmo.

Elías Jiménez Rojas.

¡Las vueltas del mundo! ¡Las buenas vueltas! Los automóviles han venido haciendo la competencia y ganando la partida a los ferrocarriles. Pero éstos van ahora a recuperar su posición. Reemplazando las ruedas de acero por neumáticos, los trenes sobre rieles comienzan a hacerse de nuevo reyes de la locomoción sobre la tierra firme. Gracias a un cambio tan simple, las condiciones mecánicas y económicas de los ferrocarriles van a experimentar una estruendosa revolución. Sobre dos rieles podrán lanzarse, sin peligro y con una rapidez asombrosa (150 Km. por hora), trenes tras trenes, como en una cadena sin fin. Puede, por ejemplo, decirse que las ciudades de París y Lion quedarán a 3 horas de distancia y en comunicación perpetua.

Damos la noticia a los que creían que los rieles iban a desaparecer de los mapas.

Del *Diario de Costa Rica* de 1º de Noviembre

(*Fragmento*)

Entrámos a la Botica de don Elías Jiménez para adquirir algún objeto de uso corriente. Veníamos para la oficina, con esa mortificación constante del periodista: la escasez de material. Particularmente los sábados, en que se cierran las oficinas temprano de la mañana, la capital queda como muerta. Y el periódico necesita material siempre, especialmente los sábados.

Ya nos disponíamos a retirarnos, cuando vimos a don Elías acercarse a un estante para tomar algo. Lo saludámos y comenzamos a conversar. Mientras tanto, seguía ese movimiento característico en las boticas en determinados instantes del día, sobre todo en las primeras horas de la noche.

La conversación giró alrededor del "individualismo", pero fue un mariposeo sobre diferentes tópicos agitados en estos días. Desgraciadamente no pensábamos, en ese momento, en que este era material para un reportaje, y nos limitámos a oír. ¡Y con qué fruición lo oímos! Recordámos a don Elías en el Liceo de Costa Rica, cuando dejaba la dirección para llenar la vacante de un profesor. Para los alumnos era una satisfacción. Lo fue para el que esto escribe, más de una vez. Anoche nos pareció oírlo otra vez dando una lección.

Ya en la oficina, ante el fracaso del día de trabajo pensámos en reconstruir algunos pasajes de la conversación de don Elías. Tarea difícil, porque una conver-

sación tan interesante, sostenida por largo rato, distra-
yendo la atención para contestar un saludo, o por el sim-
ple run-run de charlas cercanas, es difícil de reconstruir,
por más que en la tarea diaria haya necesidad de ejerci-
tarse en estas reconstrucciones.

—Se dice hoy, como a título de censura, que usted ha
venido haciéndole mucha propaganda al individualismo.

—Me ha satisfecho mucho esa publicación, sea cual
fuere el ánimo con que haya sido hecha. Mientras me
coloquen en el lugar donde estoy, perfectamente. Lo
que no puedo aceptar es que haya otro compañero del
Diario que me considere antisemita. No lo soy. Du-
rante mi permanencia en Europa conocí a muchos judíos.
Unos fueron mis maestros y otros mis compañeros. La
colonia ruso-judía que estudiaba ciencias, en aquel tiem-
po, en París, me consideraba como a uno de los suyos.
Aquí se tiene una idea falsa de los judíos: generalmente
se cree que todos se dedican al comercio y apenas si hay
una quinta parte de la población judía distribuida por el
mundo, que ejerza esas actividades.

—Y ¿cuándo nació esa tendencia al individualismo,
en usted?

—Hay un suceso en mi vida que me ha hecho sufrir
mucho; más que muchas otras cosas íntimas, más que
la muerte de un pariente: la muerte de la Universidad.
Allí trabajábamos con amor. Se apropiaron del edificio,
de la biblioteca, de cosas que eran ajenas. Unos cuantos
bachilleres salimos a la defensa, sumándonos a algunos
católicos y a unos pocos verdaderos liberales; pero del
otro lado estaba lo más distinguido del país. Don Mauro
Fernández analizó nuestro escrito elevado al Congreso,

se burló de las personas y de mí dijo: "Hasta firma un bachiller microscópico".

¿Se dirá que fue ese hecho lo que me inclinó al individualismo? No, yo creo que ya vivía en mí. Por lo mismo sufrí tanto; pero es innegable que esta pena decidió de toda mi actuación posterior.

Con don Mauro estaban don Ricardo Jiménez, don Cleto González Víquez y lo más granado del país. Desde entonces ya me tocó estar frente a estos amigos, manifiestamente inclinados al socialismo de Estado. Ha sido mi sino, en el campo de las ideas, el ir contra la mayoría de mis respetables mayores y contra casi todos mis contemporáneos.

Incesantemente he tenido que pellizcar un día a este, otro día a aquel. ¿Por envidia? ¿quién va a hablar de envidia entre personas dedicadas a actividades completamente distintas? ¿Por odio? Yo no siento más odio que el que me inculcó un ilustre francés: el odio al odio. He arremetido "contra todo y contra todos", según afirma el Sr. Ministro de Salubridad, por amor a la libertad individual.

Me habría gustado escribir en un centro más grande, en donde el factor afectivo, en cuanto a personas, no fuera tomado en cuenta.

—F. M. N.



Respuesta a un artículo del *Diario de Costa Rica* de 4 de Noviembre

Son comparaciones buenas las que sirven para aclarar el razonamiento; son malas aquellas que lo entenebrecen. Por regla general, hay que tenerles miedo a las comparaciones. Ellas constituyen frecuentemente el escollo que acecha a las inteligencias brillantes pero mal inspiradas.

Una cosa es la terca discusión sobre materialidades palpables y otra es la disquisición relativa a conceptos cuyo grado de veracidad no se impone con evidencia. De imponerse, la disquisición vieja relativa al Uno y la Colectividad habría terminado desde hace veinte siglos o más.

El extremo opuesto del socialismo es el anarquismo. El individualismo está entre esos dos extremos, lo cual no quiere decir que todos los individualistas ocupen posiciones idénticas. Yo nunca he sido anarquista. En mi adolescencia, en el colegio, fui individualista hasta el punto en que podía serlo entonces. Después, cuando joven, fui socialista, bajo la influencia de Jaurés, cuyo socialismo, dígame de paso, distaba mucho del que hoy está de moda, tan estrecho y tan necio. El socialismo mío duró a lo sumo seis años. Volví pronto al individualismo, con miras definidas, y en él me mantengo todavía, enemigo del Estado maestro de escuela, del Estado empresario de ferrocarriles, del Estado banquero, del Estado electricista, etc., etc. Y creo firmemente haber hecho bien al país con mis conferencias y publicaciones. De mi sinceridad no le es lícito dudar a nadie, puesto que mi pro-

paganda cuenta ya treinta años y me cuesta una suma nada despreciable, de trabajo y de dinero. De mi acierto, sí puede y debe dudar todo el mundo, yo inclusive.

El redactor del *Diario de Costa Rica* a quien respondo en este momento sin reparos de amor propio, da a entender hoy que, al hacer historia del individualismo, omitió el nombre de J. Stuart Mill, no por falta de erudición, sino por menosprecio o por no parecer pedante. Y bien, yo sí me quedo con ese *pobre* Stuart Mill y concluyo estas líneas repitiendo palabras tuyas:

Ahí donde las fuerzas de la sociedad obran en una sola dirección, las justas reivindicaciones del individuo están en peligro extremo.

La única libertad que merece este nombre, es la de buscar nuestro propio bien, cada uno a su manera, siempre que no tratemos de privar a los demás del suyo o de entorpecer sus esfuerzos para conseguirlo. Cada uno es el guardián natural de su propia salud. La especie humana gana más dejando a cada hombre vivir como le acomode, que obligándole a vivir como les acomode a los demás.

Eliás Jiménez Rojas.

Del *Diario de Costa Rica* de 6 de Noviembre

A pesar de haber leído la respuesta que dio don Eliás Jiménez Rojas al "Reportero Respondón" del *Diario de Costa Rica*, creímos del caso hacerle una visita al jefe del individualismo en nuestra país; porque don Eliás

Jiménez Rojas es así considerado, y como no se trata de movimiento que requiera formal aceptación de jefatura, sino de discusión de importantes ideas en las que el público participa inclinando sus simpatías hacia uno u otro de los que llevan la voz cantante en el debate, por más que él quisiera conformar su individualismo al extremo de rechazar la noción de su jefatura de grupo ninguno, don Elías tiene que aceptar la realidad de los hechos y seguir, esta vez, con la corriente.

Conversámos sobre la lectura que ayer ofreció el *Diario* a sus lectores. A don Elías le pareció Wells demasiado pesimista; con su optimismo don Elías nos reconfortó grandemente. Luégo nos habló del artículo acerca del nuevo libro de Bertrand Russell. No cree don Elías que tan célebre filósofo se exprese en serio en esa obra sino que como que ha querido hacer un poco de fantasía alejándose de la realidad. Oyendo discurrir a don Elías pudimos habernos pasado la tarde. Felizmente algo que él dijo nos dio pie para interrogarle y desarrollar en forma el reportaje de hoy.

—En la respuesta que da usted a uno de nuestros redactores, pasó por alto, si no me engaño, un punto importante. ¿Será oportuna la propaganda de usted en un momento en que el individualismo es “el arma que esgrimen los industrialistas opresores de los pueblos”?

—“Sí, lo pasé por alto. Temí estallar. Ahí está el argumento oportunista, el más abominable de todos. El oportunismo es la negación de la ciencia y lo que no es ciencia no merece un instante de atención. La palabra ciencia tiene en sociología un sentido muchísimo más modesto que el que tiene en el campo de las matemáticas o de la mecánica, pero no fundamentalmente diferente. En sociolo-

gía es ciencia aquello que puede ser considerado como el fruto de la experiencia de los hombres a través de los siglos”.

—¿Y habrá algo que posea en realidad tal condición?

—“Pienso que sí. De otro modo, no me habría yo afiliado a ninguna escuela. Sin principios, sin bases que uno juzga seguras, no hay regla de conducta, individual o colectiva. Se navega a la ventura, apagadas las luces y rota la brújula, y se llega a ese puerto que se llama *una crisis*”.

“A ningún físico se le ocurriría decir en su laboratorio: la ley de la reflexión de la luz es exacta, pero no conviene, por hoy, hacerle caso”.

“Si no fuera usted reportero de un diario moderno, cuya primera preocupación debe ser la de no fastidiar a lectores que buscan información verídica y rápida—que para doctrinas están los libros y revistas.—le expondría el proceso del avance del socialismo durante mi existencia y le haría ver cómo, cada vez, para dar el nuevo mal paso, se ha invocado el oportunismo. Comenzámos con la enseñanza. Se reconocía que el asunto era delicadísimo y de graves alcances; se reconocía que en ella la libertad era la condición máxima del progreso, etc. Pero se nos decía al propio tiempo: Costa Rica no está preparada para la libertad,—¿qué círculo vicioso!; — aquí mandan los clérigos; ustedes son sus aliados; no es posible que no vean el tremendo peligro; son demasiado inteligentes ustedes para que procedan así de buena fe; etc., etc. Resultado: murió la Universidad, pero no murieron las congregaciones religiosas.

—¿Y qué contestaron ustedes, los verdaderos liberales, en el momento de la exaltación anti-universitaria?

—“Lo mismo que hemos tenido que seguir respondiendo después, vana, pero tenazmente, ante cada nuevo brote del socialismo oficial: lo mismo expresado por Faguet en los siguientes términos:

“Permanecemos liberales aun cuando el liberalismo no aproveche más que a las gentes que no amamos: primero, porque el liberalismo consiste precisamente en respetar el derecho en los adversarios; en seguida, porque estas gentes que no amamos representan por el momento el principio que amamos; en fin, porque si dejamos prescribir el principio, prescribirá el derecho “imprescriptible” y no renacerá en breve y no podremos invocarlo ni practicarlo en nuestro provecho o a nuestro gusto”.

Y felices con haber recogido las palabras de don Elías, las trasmitimos al público con la seguridad de que de esta discusión, sin ser el *Diario* libro ni revista se eleva el tono del periódico a altura digna de la colaboración de don Elías Jiménez Rojas.

—A. G. S.

De La Tribuna de 13 de noviembre

No es que nos vistamos de tiros largos para ir a visitar a don Elías Jiménez Rojas ni que él nos exija más requisitos que los de ser sinceramente reporteros, sino que nosotros mismos, cuando nos disponemos a pedirle a don Elías algunas declaraciones sobre tópicos de actualidad e importancia, que desde luego requieren su contribución valiosa y mental, vestimos de blanco nuestra comprensión y allá nos vamos para regresar a la mesa de trabajo pletóricos de sus ideas y de sus opiniones.

Y hé aquí, pues, lo que don Elías nos dijo ayer tarde,

en medio de otras mil actividades de este incansable trabajador y espectador:

—¿Qué piensa de las emisiones de billetes sin verdadero respaldo?

—La economía política es el capítulo de la sociología (historia natural de las sociedades) que está más cercano a constituirse en ciencia, esto es, en un conjunto de principios generales establecidos experimentalmente. Las ciencias se reconocen de golpe: todas parecen *cosas de sentido común*, para quien está armado de los particulares instrumentos de trabajo que cada actividad científica requiere. Estos instrumentos son: el lenguaje (las matemáticas son un lenguaje) y los sentidos artificiales (balanza, microscopio, telescopio, termómetro, etc.). La economía política, debo decirlo inmediatamente, es de los estudios que menos instrumentos exigen: un corto vocabulario bien definido es suficiente. Pero el sentido común es lo que más escasea en el mundo en los períodos de crisis. Sin tal escasez, no habría crisis. La actual nos causa sobresalto aunque no haya razón para juzgarla insólita. Los principios de la economía política sufren pues, un eclipse. Lo sufren también en menor escala, por supuesto, hasta los principios más firmes de la ciencia más sólida: la mecánica. En los últimos años ha aumentado en efecto considerablemente el número de los buscadores del movimiento perpetuo, o sea, del motor que permita obtener trabajo sin gasto alguno de energía.

No es de extrañarse, por consiguiente, de que haya personas, hasta muy ilustradas, que crean que los apuros económicos se pueden componer con echar a circular billetes de falso valor. De este modo se obtiene tan sólo

un resultado contraproducente y demoralizador: tras un instantáneo fogonazo de holgura se ataca la propiedad legítima y se desbarajustan los hábitos de previsión y de trabajo metódico.

Las nociones más simples sobre el precio de las cosas (inclusive el interés o precio del uso de un capital ajeno), sobre el crédito, etc., están empañadas. Hemos oído en estos días negar aquí verdades tan trilladas como la de que *la desconfianza expulsa el crédito*. Y esto en momentos en que los políticos mejor avisados procuran en Francia, en Estados Unidos, en Alemania, en Inglaterra, restaurar de un modo u otro la confianza, para restablecer el crédito.

¿Quiere usted otro ejemplo de disparate económico? Lo encuentra en una conversación publicada en una de las últimas ediciones de *La Tribuna*. El que habla es un viajero inglés. Entre los beneficios del turismo, señala él la posibilidad de que el turista se convierta en inmigrante o en agente de inmigración. ¡Inmigración, cuando hacen falta capitales y sobran brazos!

—Pasando a otro tema, el nombre de usted y el de su hermano don Alfonso están en la lista de aceptables colaboradores doctrinarios del Partido Nacionalista. ¿Le yó usted?

—Sí, leí. Tenemos que agradecer el honor, pero tenemos que declarar que no somos nacionalistas, si ha darse a esta denominación el sentido que se le da ahora. En otro tiempo, el término nacionalista y el término individualista se correspondían. Quien era individualista en la sociedad de los individuos, era a la vez nacionalista al pedir para su nación el máximo de libertad dentro de la sociedad natural que forman las naciones, sociedad

que ha venido evidenciándose más y más conforme se han multiplicado las comunicaciones materiales y morales entre los pueblos. El nacionalista así caracterizado tendía grandemente al internacionalismo. Mire usted si han cambiado las palabras! El nacionalista actual es en muchos aspectos—yo supongo—un enemigo de los extranjeros, y en sus planes y obras es proteccionista y socialista a ultranza. Lo opuesto, exactamente lo opuesto de lo que somos mi hermano Alfonso y yo.

—Otra pregunta. ¿Qué le parece la conducta de los diputados que estando llamados a perfeccionar las próximas elecciones, han querido empeñar una fuerte suma de dinero en testimonio de la seguridad que tienen de que el candidato don Ricardo Jiménez no será Presidente de la República?

—¿Qué me parece? Oiga, voy a ponerlo en comunicación con mi amigo Bernard Shaw: él habla: —“Me parece que la democracia huele a rata muerta”.

—Hacía días que no soltaba usted una de las suyas contra la democracia.

—Ni estoy soltando ninguna hoy. No me gustaría aparecer como inclinado a la dictadura rusa o a la dictadura italiana. Aunque soy enemigo de las democracias deformes de que he sido y soy testigo, comprendo bien toda la verdad que acaba de expresar Guillermo Ferrero en Nueva York al reconocer que son las naciones más democráticas las únicas que no se muestran prontas a caer en febriles extremos políticos. Como consecuencia, voy a decirlo aunque no venga al caso, el expansionismo norteamericano no me causa ya recelos; antes bien, pongo en él grandes esperanzas.

Del *Diario de Costa Rica* de 17 de Noviembre

Cuando en 1854 Boole, gran pensador inglés, publicó el libro "Laws of Thought", no se imaginó haber descubierto en esa obra la Lógica Formal, ciencia idéntica a las matemáticas, sino que se figuró haber expuesto las leyes por las que se rige el pensamiento. "Era Boole", nos cuenta Bertrand Russell en su colección de ensayos sobre "El misticismo y la lógica", "demasiado modesto para creer que había producido el primer libro jamás escrito acerca de las matemáticas. Pero también se equivocaba al creer que se había ocupado de las leyes del pensamiento, pues si su libro contenía esas leyes, era curioso que nadie nunca hubiera pensado de conformidad con esa legislación".

Pasaje ése muy digno de que se le medite. Las matemáticas no son más que lógica formal. Y el pensamiento obedece a otras leyes, si a ley alguna. Habrá a quienes la proposición que de esas aseveraciones resulta no les interese un comino. Pero al aprendiz de reportero, que gusta, que se apasiona, por comprender cómo piensan sus reportados, lo dicho por Russell, maestro suyo alguna vez, ha sido para mantenerlo en inquietud largos ratos frecuentes. Por ejemplo, respecto a cómo funciona el pensamiento de don Elías Jiménez Rojas.

Hay quienes rigen su pensar por regla ninguna, sino al vaivén, a veces rítmico, de la fantasía. En todo ritmo hay cierta esencia de verdad; porque tiene ritmo sólo aquello que se mueve, en primer término, y que deja de ser lo que es, pero que vuelve a ser lo que era, obteniendo así rara cualidad de permanencia, una especie de eterni-

dad, y pues la verdad es eterna, lo rítmico se acerca a esa virtud imponderable. El pensamiento del reportero es de esa clase o género. De ahí que a veces se equivoque, pero tan sin malicia que, al reconocer su error, se apresura a rectificar. Este párrafo contiene una rectificación. En reportaje de hace más de un mes, este reportero inexperto afirmó que don Elías tenía las manos húmedas. Hoy don Elías lo convenció de que sus manos son y se mantienen incomparablemente secas. “Era lo único”, nos dijo don Elías “que hallé inexacto en lo que usted decía. He tenido que luchar con imperfecciones físicas, pero esa de las manos húmedas no me ha tocado en suerte; y para mi trabajo, mis manos secas me sirven de mucho. No oxido los instrumentos de que me valgo y puedo tocar un frasco de perfume sin temor de dejarle huellas digitales . . . ”

—Rectificaré, don Elías.

“Piense si vale la pena”, dice él.

Y sí vale la pena. El modo de pensar del reportero es rítmico, y cuando se aparta de la verdad, vuelve a ella. Pero, ¿y el modo de pensar de don Elías?

El modo de pensar de don Elías le pareció alguna vez al reportero un modo de pensar muy lógico-formalista, esto es—según afirma Russell,— matemático. Pero ¿qué son las matemáticas? Volvemos a Russell otra vez.

“Uno de los principales triunfos de las matemáticas modernas”, dice Russell “es el haber descubierto qué son las matemáticas. Las matemáticas puras consisten enteramente de afirmaciones a efecto de que si esta o aquella proposición es cierta con referencia a algo, entonces tal o cual otra proposición es también cierta con

referencia a lo mismo. Es esencial no discutir si la primera proposición es cierta o no, ni mencionar aquello respecto de lo cual se supone que sea cierta . . . De manera que las matemáticas puras pueden definirse como el estudio en el cual no sabemos de qué hablamos, ni si lo que decimos es verdad. Es corriente en todas las ramas de las matemáticas comenzar con cierto número de ideas primordiales, supuestamente incapaces de definición, y cierto número de proposiciones o axiomas supuestamente incapaces de prueba . . . Tomamos las hipótesis, en matemáticas, que nos agradan, y deducimos las consecuencias”.

De ahí que el reportero, habiendo supuesto que don Elías pensaba matemáticamente, es decir, de conformidad con cánones de lógica formal quisiera, para comprenderle,—cosa que se le venía haciendo difícil,—conocer los axiomas o ideas primordiales de su estructura ideológica; y cortésmente le pidió un glosario de definiciones. Cuando por las definiciones de don Elías llegó a su despacho el reportero, don Elías le leyó las siguientes cuartillas:

“Su visita, por lo que entiendo, es de periodista a periodista. ¿Qué tal, colega? . . . No conteste. Sigo yo:

“En otro tiempo—y todavía en ciertos lugares—no se daba el nombre de periodista sino al autor de editoriales y se exigía a los diarios el emitir una ostentosa opinión acerca de todos los asuntos de trascendencia. Como esto no podía cumplirse, los redactores salían de apuros regularmente merced a colaboradores sin nombre en las letras, cuya producción mental servía así para enriquecer por el momento el prestigio del periódico. Hoy, el principal papel en las redacciones lo hacen los reporteros.

El buen reportero y el buen corrector de pruebas deben pagarse a precio de oro.

“Los reporteros son de dos categorías. Son de muchas, pero yo no estoy pensando más que en dos. De primera categoría son aquellos que siendo ellos mismos escritores ilustrados, saben elegir en cada caso a las personas competentes, saben hacerlas hablar y saben luégo embellecer las conversaciones y ponerlas en marco original, interesante y adecuado. Estas cosas son difícilísimas. Usted que es profesor no ignora que es más fácil responder bien que preguntar bien. A una pregunta bien hecha, cualquiera responde acertadamente: SI, NO, o algo que está entre sí y nó, en el peor de los casos.

“Son de segunda categoría, segunda en orden de enumeración, aquellos reporteros que podrían llamarse fotógrafos por la naturalidad con que presentan al entrevistado. Memoristas maravillosos, reproducen fielmente las conversaciones, y si añaden algo es tomándolo de alguna conversación anterior del propio personaje visitado.

“Los personajes visitados son de muchas clases, pero yo los reparto en dos. La primera es inmensa: comprende a los catedráticos, altos políticos, grandes banqueros, grandes industriales, inventores, etc., que voluntariamente no escribirían para los diarios. Naturalmente, estos personajes no se dejan visitar con frecuencia y no hablan sino de las cosas que conocen bien. El relato de las entrevistas tenidas con ellos es devorado por el público, que es siempre mejor juez de lo que se piensa, y que en este caso acoge también con gusto los retratos y los elogios acostumbrados.

“La segunda clase la constituyen personajes que en realidad son periodistas de alma, pero que hacen como si

estuvieran fuera del oficio. Son los herederos directos de los antiguos editorialistas: las empresas los solicitan a cada momento y ellos se dejan convertir en colaboradores forzados de los diarios. El público los llama despectivamente *sábelotodo*, por la ligereza más o menos aparente con que dan sus opiniones. Pero ellos no se corren, porque cada uno tiene su razón, secreta o manifiesta, para externar su pensamiento cuantas veces se presente la ocasión. Lo demás es obra de la empresa, que a la larga soporta las consecuencias, si procede torpemente.

“A esta clase pertenezco yo. Por esto me he atrevido a llamarme colega de usted. Soy periodista de alma. Si no escribo todos los días no es porque me falte sujeto: Es porque me falta libertad y porque estoy dedicado a una profesión esclavizadora. Téngase presente que no me quejo. Me falta libertad a causa de los años. Solamente el joven que comienza se siente desligado de su raza, de su tierra y aun de su familia. A mi edad, el círculo de los parientes y de los amigos se ha hecho tan grande que es casi imposible lanzar una piedra sin que vaya a herir a alguno de ellos.

“Cuando usted me anunció por teléfono el objeto de su visita, vacilé un momento. Usted me dijo: Voy a pedirle una lista de definiciones un diccionario de los términos usados correctamente en las discusiones sobre problemas sociales. ¿A qué hora paso? Y yo le pedí cuatro horas para reflexionar. Ahora tengo que confesarle que han transcurrido las cuatro horas sin que yo haya logrado encontrar una sola definición. ¡Y hay quien considera el lenguaje como cosa de segundo orden! En realidad, si el problema social pudiera ser

planteado netamente, el resolverlo sería quizá obra de un momento. La palabra fundamental es la palabra *libertad*. ¿Quién ha podido definirla? Sin definirla bien, ateniéndose a una noción vaga, ¿quién ha podido responder a esta simple pregunta: *¿Es libre el hombre?* De poder responder, se acabarían al punto todas las discusiones metafísicas.

No, definiciones precisas no puedo darlas. Yo no soy capaz de enmendar la plana a las enciclopedias en uso”.

Escuchó el reportero a don Elías, y regocijado de encontrar en él tan bondadoso colega, abordó varios tópicos de actualidad con el periodista ad-honorem.

“¿Usted leyó la Ley sobre el Impuesto de la Cédula Personal?” preguntó don Elías.

El reportero respondió que sí.

“¿La entendió?” preguntó don Elías.

El reportero respondió que no había entendido.

“Leyendo la Ley sobre el Impuesto de la Cédula Personal”, dijo don Elías y apuntó el reportero, “he tenido que exclamar una vez más: ¡Con cuánta despreocupación redactan en el Congreso, y cómo firma luégo el Poder Ejecutivo sin entender!”

“Sin embargo, esta Ley podrá ser reglamentada más o menos mal. En cambio, vuelvo a pensar en la Ley relativa a las Drogas Estupefacientes. Hace más de un año que fue promulgada, y el reglamento correspondiente no ha aparecido. Sé de los apuros de quienes han querido elaborarlo, y sé desde ahora que cuando el reglamento aparezca, será prescindiendo de la Ley”.

Y después de eso fue que don Elías habló de sus manos, obligando al reportero a la rectificación ya hecha.

*Un artículo de 74 años
que parece de hoy*

(Tomado de *Le Matin*)

Atravesamos un sombrío momento histórico. Desde hace mucho tiempo—con seguridad NUNCA durante la vida de la mayor parte de nuestros lectores—, no presentamos tan graves y profundas aprensiones! Jamás ha mostrado el porvenir en el mismo grado que hoy, condiciones tan incompatibles con toda previsión racional.

Hay en Inglaterra una postración comercial y un pánico universales. Millares de nuestros más pobres conciudadanos son despedidos, al comenzar el invierno, y quedan sin empleo y sin perspectiva de obtenerlo.

En Francia, hierve la caldera política de un modo incierto. Rusia, como de costumbre, se extiende sobre el horizonte de Europa cual nubarrón oscuro y silencioso. Entre tanto, todas las energías, todos los recursos y las influencias del imperio británico, sufren una prueba y deben sufrir otra aun más cruel luchando contra la insurrección vasta y mortal de la India y con el problema de sus relaciones turbias con la China.

Es un momento solemne. Nadie debe permanecer indiferente.

No podemos entrever cuál será el fin de nuestras propias tribulaciones. Si no tienen más consecuencia que hacernos perder dinero y si la penosa pobreza sirve para enseñarnos la sapiencia del honor y de la simpatía no hay razón para desesperar. Pero, ¡ay!, el ansia de ri-

queza, que acompaña a la calamidad hoy esparcida por el mundo, tiende a destruir las fuerzas morales que nos son necesarias para resistir al desastre y dominarlo.—

Harper's Weekly, 10 de octubre de 1857.

. . . Un tercer grupo de hechos, resultado del estudio del hombre en todas las edades y en todos los países, demuestra que toda evolución, en la existencia de los pueblos, proviene del esfuerzo individual. En la persona humana, elemento primario de la sociedad, ha de buscarse el choque impulsivo del medio, que se traduce en acciones voluntarias para esparcir las ideas y participar en las obras que modificarán la marcha de las naciones. El equilibrio de las sociedades sólo es inestable por la dificultad impuesta a los individuos en su franca expansión. La sociedad libre no puede establecerse sino por la libertad absoluta suministrada en su desarrollo completo a cada hombre, primera célula fundamental, que se agrega en seguida y se asocia como le place a las otras células de la cambiante humanidad. En proporción directa de esa libertad y de ese desarrollo inicial del individuo, las sociedades ganan en valor y nobleza: del hombre nació la voluntad creadora que construye y reconstruye el mundo.

—*Eliseo Reclus*.

LA NATURALEZA de nuestro espíritu nos lleva a buscar la esencia y el *por qué* de las cosas. En esto apestamos más allá del punto que podemos alcanzar; porque la experiencia nos enseña pronto que no es posible ir más allá del *cómo*, o sea de la causa próxima o de las condiciones de existencia de los fenómenos.....

Cuando, mediante un análisis sucesivo, hemos encontrado la causa próxima de un fenómeno, determinando las condiciones y las circunstancias simples en que se manifiesta, hemos logrado el objeto científico, más allá del cual no podemos ir.

Así, cuando sabemos que el frotamiento y las acciones químicas producen electricidad, sabemos de condiciones, pero no sabemos nada sobre la naturaleza primera de la electricidad.

La ciencia tiene precisamente el privilegio de enseñarnos lo que ignoramos, sustituyendo la razón y la experiencia al sentimiento y mostrándonos claramente el límite de nuestro conocimiento actual..... El sabio que ha conducido el análisis experimental hasta el determinismo relativo de un fenómeno, ve bien sin duda que él ignora la causa primera de éste fenómeno, pero no por ello lo domina menos..... Eso es cierto en todas las ciencias experimentales, en las cuales no podemos llegar sino a verdades relativas o parciales y a conocer los fenómenos únicamente en sus condiciones de existencia.....

En resumen, si nuestro sentimiento plantea siempre la cuestión del *por qué*, nuestra razón nos muestra que la cuestión del *cómo* es la única a nuestra alcance. Por el momento, es, pues, la cuestión del *cómo* la sola que interesa al sabio y al experimentador.

Claudio Bernard.